

Primera edición: *Mayo 2015*
Esta edición consta de: *600 ejemplares*

Título: *El intelectual es un misántropo*
Autor: *Alfonso Berardinelli*
Traducción, selección de los textos
y nota biográfica: *Salvador Cobo*
Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*
Impreso por: *Gráficas Castuera*
Imágen de cubierta: *San Jerónimo leyendo en un*
paisaje italiano, Rembrandt, punta seca, 1651-1655.
Colección del Rijksmuseum
Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*
Depósito legal: *M-17252-2015*
ISBN: *978-84-943217-0-2*

Se puede reproducir este texto tranquilamente

Índice

Entrevista a un intelectual	7
Tres tipos de intelectuales.....	19
Misantropía y crítica social.....	33
Escritores y política.....	53
Derecha e izquierda en literatura	61
¿Es posible enseñar literatura moderna?.....	87
Posmodernidad y neovanguardia	107
El fin de la posmodernidad	121
Dónde ha terminado la industria cultural	159
Marx publicitario	171
Sobre la prisa	179
 <i>Alfonso Berardinelli,</i> <i>¿un fracasado de éxito?</i> Jean-Marc Mandosio	189
 Nota biográfica	197

Referencias bibliográficas.....203

Índice onomástico207

Escritores y política

For poetry makes nothing happen, porque la poesía no hace que ocurra nada. En su poema *En memoria de W. B. Yeats*, escrito en 1939, Wystan Hugh Auden, el más famoso de entre los poetas ingleses comprometidos, cerraba con esta perentoria frase la década en la que a todos los intelectuales les pareció imposible huir de la política. Poeta racional, teatral, irónicamente distanciado y burlón, o más bien intelectualmente apasionado, Auden separaba así, de un plumazo, la poesía de la política, al escritor-intelectual del intelectual-político: entre ellos ninguna comunicación posible, dado que habitan dos mundos distintos. El escritor manipula imágenes mentales, trabaja con palabras y con ideas. El político manipula seres humanos, trata de modificar su comportamiento.

En un peculiar ensayo aforístico que quedó incompleto e inédito, y que Auden comenzó a escribir ese mismo año, justo después de la invasión nazi de Polonia, se propone una cuidada distinción entre tres tipos: el político, el apolítico, y el antipolítico. El político, dice Auden, es sociable y correcto, moral aunque no demasiado, y su ascenso social es rápido. El apolítico está poco interesado por la sociedad, por los demás y por el Estado: trata de evitar conflictos, quiere que le dejen en paz, permanecer en la sombra, es un anarquista sincero pero sensato. El antipolítico, por último, está en conflicto con los valores establecidos, no le interesa la corrección, sería un apolítico si los valores difundidos en la sociedad no le molestaran. Está además el antipolítico ambicioso y competitivo: su anarquismo inicial (o aparente) es solamente un medio para alcanzar un

fin político. Una vez obtenido el poder, puede convertirse tanto en un reformista como en un tirano.

Especializado en tipologías, Auden tuvo con la política una relación políticamente superficial, más como observador que como militante. Participó en la Guerra Civil española sólo por un breve periodo como ayudante de ambulancia (tarea particularmente no violenta). Pero en el poema *España 1937* habló del «asesinato necesario». Una expresión de este tipo, observó George Orwell, sólo podía escribirla una persona para quien el asesinato no es mucho más que una palabra. En su ensayo de 1940, *En el vientre de la ballena*, el comentario orwelliano continúa sin piedad así:

Los Hitler y los Stalin encuentran necesario el asesinato, pero no revelan su crueldad, y no hablan de ello como asesinato; es «liquidación», «eliminación», u otra palabra tranquilizadora. El tipo de amoralidad del Sr. Auden es posible solamente si se es el tipo de persona que se encuentra siempre en otro lugar cuando se aprieta el gatillo.

Como se puede ver, en materia de relaciones morales y literarias con la política los dos escritores ingleses más famosos de los años treinta no estaban en efecto de acuerdo. El caso no es raro. Entre un poeta-filósofo como Auden y un periodista-novelistas como Orwell no existía un buen terreno para el entendimiento, y sus experiencias personales, también en España, fueron diferentes. Pero el mismo Auden mostró más tarde compartir las críticas de Orwell

concluyendo que, mirando las cosas con más atención, entre un intelectual y un político no pueden sino existir más que equívocos e instrumentalizaciones recíprocas (en las cuales, por otro lado, es siempre el político el que sale ganando).

Auden juzgó su propia experiencia de poeta de izquierdas como un deplorable paréntesis. Orwell, al contrario, menos culto y sofisticado, escribió el que probablemente sea el mejor reportaje político del siglo xx, *Homenaje a Cataluña*: el diario de un socialista que en España se vuelve anticomunista, un libro poco leído y todavía poco querido por la izquierda mundial.

Los años treinta parecen y están lejos. Pero entre malentendidos, cegueras voluntarias y aclaraciones tardías, es desde la década de Stalin y Hitler, de Mussolini y Franco, que la política como crimen sistemático y «asesinato necesario» se convirtió para los intelectuales en una experiencia decisiva y trágica (una experiencia que el marxismo neorrevolucionario de los años sesenta quiso olvidar, condenándose a la retórica y a la farsa).

En el gran ensayo *Echar raíces*, escrito durante los años de guerra, Simone Weil (también ella luchadora antifranquista y después desilusionada con la izquierda) plantea la necesidad de un vuelco de los valores ético-políticos occidentales, dado que la idolatría de una falsa «grandeza» histórica envenena todo el pensamiento político europeo y une la Roma antigua, Luis XIV, Napoleón y Hitler:

Se habla de castigar a Hitler. Pero a Hitler no se le puede castigar. Hitler deseaba sólo una cosa y la tiene: entrar en la Historia. Aunque se le mate, se le torture, se le encarcele o se le humille, la historia estará siempre ahí para proteger su alma. [...] Lo que se le inflija será inevitablemente muerte histórica, sufrimiento histórico: historia. [...] El único castigo capaz de infligírsele a Hitler sería una transformación tan completa de la idea de grandeza, que necesariamente lo excluya.

Así, Orwell y Simone Weil, los mayores y más originales escritores políticos del siglo pasado, se mostraron tales precisamente por su capacidad para describir y juzgar la política desde un punto de vista externo a la política. No hay jamás en Orwell ni en Weil ninguna identificación con la clase política ni con las clases dirigentes.

Para el sociólogo y para el político los intelectuales son una categoría, una serie de corporaciones y de grupos de presión. Así, en el siglo de la política, de las ciencias sociales y de la tecnocracia, los intelectuales han comenzado a verse a sí mismos como una entidad colectiva. Se han valorado y estudiado en función de su rol y su función social, o como instrumento útil de cara a objetivos políticos. Han querido sentirse especialistas, funcionarios, organizadores y, en definitiva, a su vez, políticos.

Desde Max Weber y Gramsci esta visión sociológico-política y anti-individualista de los intelectuales hacia sí mismos ha llegado hasta escritores como Franco Fortini¹.

1. Ver la nota al pie de la página 126.

Pero no debería olvidarse que también como producto social los intelectuales son y sobre todo funcionan como individuos. Su actividad y su modo de ser residen en una valoración pública del individuo. Defendiéndose a sí mismos defienden de hecho, lo quieran o no, la individualidad de todos, los espacios de libertad (y también de soledad) de los que el individuo precisa para existir.

La crítica social no nace de motivaciones personales: se nutre de malestar, de sufrimiento y de idiosincrasias. Entre los más agudos diagnósticos de la vida contemporánea se encuentran los de escritores no sólo antipolíticos sino profundamente antisociales, como Karl Kraus, Ortega y Gasset, Adorno, Canetti, Günther Anders, Montale, Gadda o Pasolini. Muy pocos científicos sociales han descrito como ellos la mezcla de bienestar y horror en que vivimos. Su crítica está políticamente desarmada. Puede tener éxito, como se vio con Pasolini, pero no tiene efecto. De forma no muy distinta a la poesía, la crítica «no hace que ocurra nada». No cambia el mundo. Forma parte de él.